

pondiente, precisamente por su gran aporte al desarrollo de la pedagogía y la educación con la publicación de su *Abecedario*.⁴

Cuando al mismo Tolstoi, ya en ocaso de su vida, le preguntaron cuál era la obra más importante, el gran escritor no nombró *La guerra y la paz* ni tampoco *Anna Karénina* sino su *Abecedario*. Hasta la época actual, muchos niños en Rusia aprenden a leer con el inmortal libro de textos de Tolstói, siguen las apasionantes, y en ocasiones peligrosas, aventuras de sus personajes y aprenden a amar su país, su lengua y su milenaria cultura.

La actividad educativa de Tolstoi ha enriquecido la pedagogía nacional y universal con numerosos aportes valiosos y originales: un profundo respeto y amor por los niños, un gran reconocimiento de la personalidad infantil, un sutil análisis psicológico de los rasgos individuales de cada estudiante, una constante búsqueda de nuevas estrategias de enseñanza y aprendizaje, un entusiasmo desinteresado por los resultados finales del proceso educativo, un método nove-

doso de elaboración de programas académicos, entre otros. Debido a todo esto, León Tolstoi entró en la historia de la pedagogía como un gran maestro, pensador e innovador.

Notas

- 1 Tolstoi, S. L. (1961). *Cómo recuerdo a León Tolstoi y lo que me enseñó*, Moscú, Detguiz, p. 78. (En ruso).
- 2 Tolstoi, L. (1875). *El nuevo abecedario*, Moscú, p. 5. (En ruso)
- 3 Rachinski, S. A. (1883). *Notas sobre la escuela rural*, San Petersburgo, Tipografía Sinodal, p. 89. (En ruso). <https://dlib.rsl.ru/viewer/01003596908#?page=1>
- 4 Bogátova, G. A. (2000). *Ismael Sreznevski*, Moscú, Nauka, p. 123. (En ruso).

Anastasia Espinel (Cherepovetz, Rusia) Egresada de la Universidad Rusa de la Amistad de los Pueblos de Moscú, PhD en ciencias históricas. Docente del Departamento de Humanidades de la Universidad de Santander (UDES) en Bucaramanga. Miembro correspondiente de la Academia de Historia de Santander. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.

Iván Turguénev: escritor y personaje

Juan Carlos Orrego Arismendi

Si hay un personaje entre los escritores rusos del siglo XIX, ese es Iván Serguéyevich Turguénev. Pero con esto no quiero decir que la vida del novelista bicentenario — nació el 9 de noviembre de 1818 — fuera agitada al punto de que su biografía nos parezca, hoy, una novela: no parece haber suficiente drama en un duelo rehusado a Lev Tolstoi, como tampoco en una amistad sospechosa con una cantante española de ópera, Paulina Viardot. Tampoco aludo al probado magisterio de Turguénev para facturar personajes inolvidables, y no porque se

trate de un arte que al fin y al cabo dominaban todas las firmas de aquella generación dorada, sino porque no sería más que un tonto juego de palabras llamar *personaje* a un creador de personajes. Lo que quiero decir es estrictamente esto: si en aquel contexto hubo un escritor que llegó a ser personaje de la literatura, ese fue el autor de *Padres e hijos*.

La propia experiencia vital de Turguénev fue el numen de buena parte de sus páginas, en las cuales, enmascarado tras nombres y rostros

ajenos, se incluyó como personaje. Por ejemplo, sabemos algo de su adolescencia en una casa señorial de Spáskoie gracias a la novela breve *Primer amor* (1860), en la que Vladimiro Petrovitch narra cómo, a los 16 años, se enamoró de la amante de su padre. Vladimiro habla de su progenitor como un hombre “aún muy joven y sumamente atrayente”, casado por interés con una mujer que era 10 años mayor y que “era muy excitable, celosa y se encolerizaba frecuentemente”.¹ Pues esa era, casi, la situación en casa de Turguénev: Varvara Petrovna Lutovínova, seis años mayor que su marido, era quien, por su carácter, llevaba las riendas del hogar. Era una mujer rica, beneficiaria de un tío que le había dejado en herencia las tierras de Spáskoie, que englobaban veinte aldeas y cinco mil siervos. Serguéi Nikoláyevich Turguénev, padre del escritor, era oficial de coraceros, pero su carácter blando y la conciencia del estado de ruina en que se hallaba su linaje hicieron que se plegara sin chistar a los designios de Varvara. Serguéi murió cuando su hijo Iván tenía 16 años, del mismo modo que sucede con el padre de Vladimiro en *Primer amor*. Y quizá el futuro escritor recibió la misma herencia fastuosa que su otro-yo literario recibió de su progenitor, quien le dejó una carta inconclusa con una advertencia contundente: “Hijo mío —escribía—, guárdate bien del amor; ten pavor a esta felicidad, a ese veneno...”²

Lo cierto es que Turguénev jamás se casó. Pero tuvo varios amoríos con mujeres de Rusia y Europa, donde vivió muchos años; especialmente, en Alemania y Francia. Con una de las siervas de su madre tuvo una hija, Pelaguieia. Ocurrió precisamente en 1842, año en que el escritor, quien hasta entonces se había interesado por la traducción, el drama y la poesía, se embarcó en una aventura narrativa significativa: el relato “Las aventuras del teniente de navío Bubnov”, claramente influido por Gógol, cuyas *Almas muertas* se publicaron ese mismo año. Fue cinco años más tarde, en 1847, cuando Turguénev alcanzó la madurez como narrador, representado



Goleo VI y Pille, mascotas del Mundial de Alemania, 2006



Póster oficial del Mundial de Alemania, 2006

ello en el inicio de la publicación de las *Memorias de un cazador*, serie de relatos que fueron apareciendo en la revista *El Contemporáneo* y que se reunieron en volumen, por primera vez, en 1852. En esos relatos se manifiesta, claramente, la tendencia del autor a hacer de su vida —sobre todo de su vida en Europa— un motivo de recreación literaria, de forma tal que sus propias experiencias quedan repartidas en las aventuras de diversos personajes. Uno particularmente significativo es el protagonista de “Un Hamlet del distrito de Schigrý”, relato publicado originalmente en 1849. El cazador-narrador es invi-

tado a pasar la noche en una finca aristocrática en la que se celebra una fiesta, y puede conocer así a otro convidado: un hombre locuaz pero apocado, amargado al ser consciente de que su inacción le arruinó un buen futuro y lo situó en la equívoca posición de pasar nada más que por “gracioso”.³ Cuando se confiesa ante el cazador, revela una experiencia universitaria similar a la que Turguénev tuvo en Alemania, adonde se desplazó, cuando frisaba los 20 años, a estudiar filosofía: “he pasado tres años en el extranjero: de ellos ocho meses en Berlín. He estudiado a Hegel, querido señor, y conozco de memoria a Goethe; por añadidura estuve largo tiempo enamorado de la hija de un profesor alemán”.⁴

Las *Memorias de un cazador* significaron el inicio de una carrera brillante. Es verdad que, en 1852, Turguénev fue arrestado por causas que él mismo relacionó con la aparición de la primera compilación de los relatos, que alguien pudo considerar subversiva; al fin y al cabo, retrataba con crudo realismo la vida en semiesclavitud que llevaban los siervos bajo la fusta de los terratenientes y sus avaros intendentes. Pero algunos biógrafos han dicho que precisamente esa pintura realista conmovió el ánimo del Zar Alejandro II, quien abolió la servidumbre de la gleba en 1861. Para entonces, Turguénev ya era un novelista consagrado y leído: había publicado las novelas *Rudin* (1856), *Nido de hidalgos* (1859), *En vísperas* (1860) y *Padres e hijos* (1862), todas ellas interesadas por la vida en aislamiento de la vieja aristocracia rusa, más o menos inmune —y del todo indiferente— a las perspectivas más liberales y positivistas de las nuevas generaciones, así como a las ideas políticas, económicas y culturales que, en esporádicas oleadas, llegaban hasta allí provenientes del centro de Europa.

En su quinta gran novela, *Humo* (1867), Turguénev sitúa la anécdota en la ciudad alemana de Baden-Baden, vecina a la frontera con Francia. Grigori Litvínov se encuentra allí en espera de su prima Tatiana, con quien se ha comprome-

tido en matrimonio. En el ínterin, se encuentra con un amor de juventud, Irina Osinin, quien se propone reconquistarlo y lo arrastra a la vida mundana de la ciudad, en la cual muchos veraneantes rusos —todos ellos ricos terratenientes— se entregan a los frívolos placeres burgueses. Uno de los personajes, que observa con distancia crítica esa vida de salón, regala algunas palabras de consejo al joven Litvínov: Sozont Ivánich Potuguin, personaje a quien los críticos han identificado como alter ego de Turguénev. Bien puede ser así, pues la descripción de su fisonomía pintoresca pretende, al mismo tiempo, ofrecer una imagen carismática de ese tipo humano:

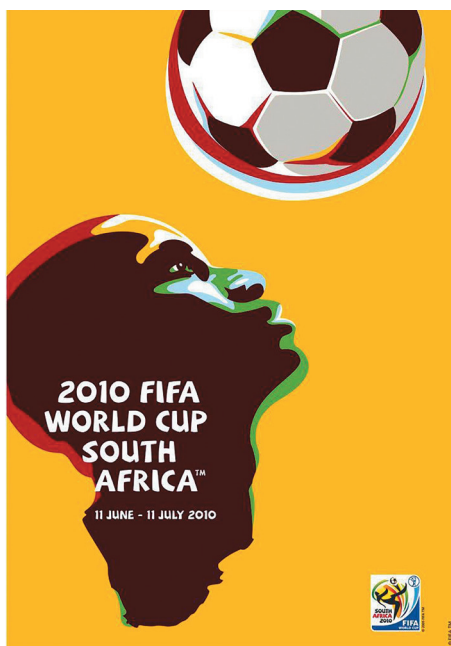
un hombre ancho de [...] cabellos rizados, pequeños ojos inteligentes y tristes bajo unas cejas espesas, boca grande y regular, mala dentadura y una nariz típicamente rusa, de esas a las que se da el nombre de ‘patata’; parecía torpe e incluso algo salvaje, pero no cabía duda de que no era un hombre corriente [...]. Su presencia causó en Litvínov una extraña impresión: despertó en él simpatía y una especie de compasión involuntaria.⁵

Potuguin, con cáustica inteligencia, define a sus compatriotas ante Litvínov: entre la perspectiva positivista de los ingleses, la inquietud política de los alemanes y la conducta misteriosa de los franceses, corresponde a los rusos fungir de soñadores y desquiciados; si, por ejemplo, se planteara el tema del porvenir de Rusia, ellos se remontarían “a los huevos de Leda, sin ningún fundamento y sin ningún resultado”; y a pesar de ello —agrega Potuguin—, “no tardan en lanzar sus invectivas contra el podrido Occidente”.⁶ Con lo que no contaba Turguénev era con que, tras hacerse voluntariamente un personaje entrañable, habría de ser convertido involuntariamente en una figura odiosa.

Las risibles imágenes de la aristocracia rusa contenidas en *Humo* molestaron profundamente a Dostoievski, quien, en ocasión de hallarse en Baden-Baden, riñó con Turguénev y le reclamó con acritud por lo que creyó una



Zakumi, mascota del Mundial de Sudáfrica, 2010



Póster oficial del Mundial de Sudáfrica, 2010

conducta apátrida. En una carta que por esos días escribió a un amigo, el autor de *Crimen y castigo* se expresó así:

No se pueden escuchar esas injurias contra Rusia de parte de un traidor ruso que habría podido ser útil [...]. Pero su irritación y su encarnizamiento actuales contra Rusia, que le llevan a hablar con espuma en la boca, se deben únicamente al fracaso de *Humo* y al hecho de que Rusia no ha querido reconocerle como un genio.⁷

Entonces, no contento con eso, Dostoievski ridiculizó a Turguénev al convertirlo en uno de los personajes de *Los demonios* (1872): el caricaturesco viejo Karamzínov. No solo se trata de un hombre feo —“Su limpio rostro, de labios finos, largos y malignos, nariz un tanto carnosa y ojillos penetrantes y sagaces, no era del todo atractivo” — sino, sobre todo, de una criatura infatuada y caduca:

acaba por manifestar tal mezquindad y tal superficialidad en sus ideas fundamentales, que nadie deplora su acelerada decadencia. Pero los viejitos canosos no se aperciben de ello y se enojan.⁸

Más fuerte fue, en todo caso, el enojo de Dostoievski, puesto que jamás quiso reconciliarse con su colega.

Iván Turguénev murió en Bougival, cerca de París, el 3 de septiembre de 1883. Poco antes había terminado el relato “Un incendio en el mar”, en el cual rememora un viaje que él mismo había hecho entre Petersburgo y Lubeck, en 1838. De modo que, a un paso de la tumba, alcanzó a soñarse como un rozagante personaje literario de 20 años.

Referencias

- 1 Turguénev, I. (1997). *Primer amor*, Bogotá, Norma, p. 9.
- 2 *Ibid.*, p. 98.
- 3 Turguénev, I. (2007), *Memorias de un cazador*, Madrid, Cátedra, p. 335.
- 4 *Ibid.*, p. 340.
- 5 Turguénev, I. (2003). *Humo*. Alba, Barcelona, pp. 45-46.
- 6 *Ibid.*, p. 48.
- 7 Gallego Ballester, V. (2003), “Apéndice: Unas palabras sobre *Humo*”, en: Turguénev, I. *Humo*, op. cit., p. 297.
- 8 *Ibid.*, pp. 298, 299.

Juan Carlos Orrego Arismendi es antropólogo y doctor en Literatura de la Universidad de Antioquia donde se desempeña como profesor. Algunos de sus libros: *Tumba de indio*, *Viajes por Ecuador y Colombia*, *La isla del gallo*, *Viaje al Perú* y *Cuentos que he querido escribir*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.